

Recensiones

Paugam, S.; Cousin, B.; Giorgetti, C. y Naudet, J.
Ce que les riches pensent des pauvres

PARÍS, 2017, SEUIL

Serge Paugam, Bruno Cousin, Camila Giorgetti y Jules Naudet acaban de publicar su obra titulada *Ce que les riches pensent des pauvres* (Lo que los ricos piensan de los pobres) en la editorial Seuil. Conviene recordar que Paugam, director de investigación en el CNRS y director de estudios en la EHESS, es autor de una abundante y reconocida obra centrada en el estudio de la descalificación social (1991), la pobreza (1993; 1999; 2005), la exclusión (1996) y la precariedad (2000), así como en el vínculo social (2008) y la integración desigual (2014). Cousin, de su lado, es catedrático asistente en Sciences Po. Está especializado en el estudio de las relaciones que mantienen las clases superiores europeas con la diversidad, la segregación urbana, las desigualdades y las formas de sociabilidad, así como en los procesos de legitimación de las élites desde una perspectiva comparativa. Es autor de numerosos artículos en revistas de prestigio internacional tales como *European Journal of Sociology*, *Communications*, *Actes de la Recherche en sciences sociales* o *Sociologie du travail*. Giorgetti, de su parte, es investigadora asociada en el Centro Maurice Halbwachs y autora de la obra *Des pauvres à la bibliothèque. Enquête au Centre Pompidou* (2013), escrita junto con Paugam. Por último, Naudet es investigador en el CNRS y autor respectivamente de *Entrer dans l'élite* (2012), *Gran patron, fils d'ouvrier* (2014) y *Justifier l'ordre social* (2013), este último dirigido con Christophe Jaffrelot.

En la larga introducción de la presente obra, sus autores subrayan que ésta intenta contestar a la siguiente pregunta: “¿Cómo explicar sociológicamente lo que puede aparecer (...) como una hostilidad de los ricos al principio de solidaridad hacia los más [desfavorecidos]?” (pp.7-8). Para contestar a esta interrogación, Paugam y sus colaboradores se han basado en una investigación reciente llevada a cabo por ellos mismos “sobre la pobreza y las desigualdades en los [barrios populares] de tres grandes metrópolis: París, Sao Paulo y Delhi” (p.8). Retomando los principales resultados de dicho estudio, intentan analizar, a partir de entrevistas en profundidad, de qué manera “los habitantes de los barrios burgueses más segregados se representan a los pobres, y cómo estas representaciones contribuyen a motivar y justificar sus propias prácticas auto-segregativas en ciertos barrios del tejido urbano, así como sus estrategias de evitación de las categorías sociales inferiores” (p.8).

Basándose en una perspectiva comparativa, estos sociólogos galos constatan que, en las tres metrópolis en las cuales han realizado su investigación, “unas movilizaciones contra los pobres han suscitado una emoción colectiva y unos debates reve-

lados por los medios [de comunicación]. Estas movilizaciones se inscriben, lo más a menudo, en unos conflictos urbanos y unas luchas [territoriales] en torno a una frontera que se parece a una línea de demarcación social” (p.9). En estas urbes, “las categorías sociales superiores están (...) más fuertemente concentradas en los barrios [favorecidos] que lo están los pobres en los barrios estigmatizados de la periferia urbana” (p.10). En ese sentido, a la segregación padecida por las categorías desfavorecidas de la población se añade “la auto-segregación de los más ricos” (p.10). De hecho, “la burguesía tradicional así como las nuevas clases superiores patrimoniales ocupan y defienden unos espacios privilegiados de las grandes metrópolis, a fin de preservar su identidad y su estatus social” (p.10).

Los autores observan que, si existen investigaciones llevadas a cabo sobre cada uno de estos fenómenos por separado a lo largo de las últimas tres décadas, no se han cruzado ni se han alimentado mutuamente (p.10). Así, la relación con la pobreza de las categorías sociales favorecidas apenas ha sido estudiada como tal (p.10). En ese sentido, este trabajo “intenta establecer un vínculo más sistemático entre, por una parte, la sociología de las clases superiores que [residen] en los espacios más segregados socialmente y, por otra parte, la sociología de las representaciones de la pobreza y de las valoraciones de las desigualdades sociales” (p.11). Por lo cual, los sociólogos galos se interesan principalmente por las representaciones que los habitantes de estos barrios tienen de los pobres y de la pobreza, y, “de manera accesoria, por la manera en que sus experiencias anteriores y sus instituciones han contribuido a moldear estas representaciones” (p.12).

Priorizan un enfoque comprensivo, lo más exhaustivo y preciso posible, para dar cuenta “de los diversos modos y repertorios de representación de los pobres recurrentes en cada una de las tres metrópolis estudiadas, y de la forma en que estos registros están estructurados y articulados entre sí en los discursos de los habitantes de los [barrios favorecidos]” (p.12). Esto significa que esta obra comparte la idea según la cual, “en materia de desigualdades urbanas, las diferencias en términos de recursos individuales y locales, de acceso a estos últimos, y de efectos medibles de la segregación, (...) deben ser analizadas relacionándolas con la conciencia que los [ciudadanos] tienen de las desigualdades sociales y urbanas, así como de las conclusiones que extraen para aclarar o justificar sus prácticas” (p.12).

Los autores han elegido tres metrópolis muy alejadas geográficamente, “puesto que situadas en tres continentes diferentes, muy [alejados], tanto desde el punto de vista económico y social como de la tradición histórica y cultural” (p.13), pero, a la vez, que están conectadas “a la red de las grandes ciudades globales y en países democráticos gobernados por la izquierda o el centro-izquierda en el momento [del estudio]” (p.13). Según ellos, es la única forma de identificar las especificidades nacio-

nales de los discursos analizados, peculiaridades vinculadas con “la historicidad de las sociedades en las cuales han sido enunciadas” (p.13).

Para analizar “lo que los ricos [residentes] en los barrios más segregados piensan de los pobres”, los sociólogos franceses formulan tres hipótesis principales: “la primera alude a una voluntad de producir el orden moral y (...) de erigirlo como el orden legítimo a escala de su barrio” (p.13); la segunda hace referencia “al carácter indeseable de los pobres y a la preocupación por protegerse de ellos”, lo que está relacionado con la inseguridad y la contaminación (p.14); y, la tercera concierne “la justificación de la pobreza y la neutralización de la compasión hacia los pobres” (p.14).

Más detalladamente, estiman, en primer lugar, que “las representaciones de la pobreza de las categorías sociales superiores están en parte determinadas por la voluntad de estas últimas de ponerse de acuerdo sobre los fundamentos que un orden moral confiere a la idea que tienen de la cohesión social en el seno de su barrio de residencia. Están apegados a un espíritu de disciplina [y] al sentido de una educación moral” (p.14). Ese orden moral se apoya en “las maneras, buenas y respetables, de comportarse” (p.14). Se trata del mínimo denominador común sobre el cual se ponen de acuerdo los habitantes de un mismo barrio (p.14). “La defensa de un orden moral puede aludir a una estrategia de distinción social (...) basada en la idea de superioridad de los ricos y en su predisposición a crear y a perpetuar una educación moral distinta a la de las demás capas de la sociedad” (p.16).

En segundo lugar, marcar una distancia con los pobres pasa por justificar su carácter indeseable. “Se trata entonces de sentimientos que van de la inseguridad a la repugnancia” (p.16). Si la cuestión de la inseguridad es menor en Europa, ocupa un lugar relevante en otros continentes donde las autoridades se enfrentan a “formas extremas de violencia y a [notables] dificultades para regularla” (p.16). Pero, más allá de estas diferencias, la preocupación por la seguridad se ha extendido en la población. “La búsqueda de protecciones es infinita y suscita (...) perpetuas frustraciones” (p.17). En ese sentido, “la búsqueda del ‘entre-simismo’ de las categorías sociales superiores” traduce la angustia que suscitan estas “nuevas clases peligrosas” residentes en las periferias de las ciudades (p.17). Además de la presunta amenaza que representan los pobres, son sospechosos de ser “sucios, poco respetuosos de las reglas de higiene e incluso llevaderos de riesgos de contaminación” (p.17).

En tercer lugar, los investigadores franceses consideran que “vivir en un barrio muy rico mientras subsisten, a escala de la metrópoli, barrios muy pobres, implica, para los ricos, dotarse de un sistema de justificación de la pobreza. Sin este último, las [notables] desigualdades podrían dificultar el disfrute de los privilegios” (p.19). En esta óptica, la naturalización de la pobreza y la idea de mérito constituyen dos modos de explicar las desigualdades (p.19), haciendo referencia a dos creencias: “la

primera alude a la inferioridad supuestamente natural de los pobres; [mientras que] la segunda [conciérne] la culpabilización más o menos inevitable e incluso legítima de los perezosos” (p.19). Pero, más allá de la naturalización de la pobreza, “la relación de las categorías sociales superiores con los pobres depende de la conciencia que tienen, no solamente de las desigualdades, sino también de la urgencia de atenuarlas en nombre de la solidaridad” (p.21).

En el primer capítulo del libro, titulado “investigar en los barrios [favorecidos] de París, Sao Paulo y Delhi”, los sociólogos galos recuerdan que, “a fin de tener en cuenta la diversidad de los barrios de cada una de las tres aglomeraciones estudiadas y de [analizar de manera satisfactoria] los diferentes componentes de la élite”, han realizado un total de 240 entrevistas en profundidad, es decir 80 por metrópoli (p.25).

Eligiendo París, Sao Paulo y Delhi, el objetivo era “comparar las representaciones de la pobreza de las categorías sociales superiores en función de contextos económicos y sociales diferentes” (pp.25-26). Por una parte, han estudiado “la inseguridad y el malestar social, en un [contexto] de penuria de empleo para los menos cualificados y las poblaciones provenientes de la inmigración”, y, por otra parte, han analizado “el despegue económico de sociedades en las cuales las desigualdades heredadas del contexto colonial y de las formas de dominación tradicional han mantenido durante un largo periodo a la inmensa mayoría de la población en la gran pobreza y la han privado de cualquier perspectiva de ascenso social” (p.26). Además, las metrópolis seleccionadas son muy diferentes unas de otras “desde el punto de vista de la historia de su urbanización y del mercado inmobiliario” (p.26). Pero, más allá de sus diferencias, estas tres urbes comparten el hecho de ser “el teatro de profundas mutaciones que redefinen poco a poco las relaciones sociales” (p.26). En cada una de ellas, aunque sea por razones distintas, las clases favorecidas sienten “la necesidad de agruparse en espacios residenciales exclusivos y [seguros]” (p.26).

En cada una de estas metrópolis, la elección de los barrios se ha realizado tras una encuesta previa. “La visita de varios barrios y su análisis comparativo, a partir de observaciones etnográficas, de indicadores estadísticos y de documentos históricos o sociológicos, han permitido determinar [su] elección” (p.40). Los investigadores han aplicado criterios de selección comparables en cada ciudad. Finalmente, han elegido doce barrios favorecidos pertenecientes a las tres metrópolis estudiadas (p.40).

Y, frente a la variedad de los contextos y de las escalas de análisis, los autores se han centrado en tres principales: el barrio, la metrópoli y el país (pp.58-59). En ese sentido, las personas interrogadas se han expresado como habitantes de un barrio, de una urbe y de una nación (p.59). Estos individuos “movilizan unos modos de representación, de evaluación y de explicación fuertemente influidos por las particularidades del país y de la metrópoli en los que viven y en los cuales han sido a menudo

socializados durante la mayor parte de [sus vidas]” (p.59). No en vano, sus discursos pueden igualmente estar marcados por repertorios comunes a estos tres países (p.60). En cualquier caso, el desafío principal consiste en articular estas tres escalas de análisis a partir de los datos y discursos recogidos (p.61). Se trata de “tener en cuenta y de interpretar, a la vez, las fronteras simbólicas, cuyo marcaje y legitimidad permiten distinguir, categorizar y jerarquizar a personas o a prácticas en función de criterios económicos, culturales y morales, (...) y los registros argumentales y justificantes que [obedecen a] modelizaciones ordinarias del mundo social” (p.61).

En el segundo capítulo, que se interesa por la producción del orden moral, Paugam y sus colaboradores constatan que, “en las representaciones del mundo social y las lógicas de acción de individuos y familias activamente implicadas, por sus prácticas y elecciones residenciales, en unas dinámicas de auto-segregación urbana, la búsqueda de distinción cultural y la voluntad de desmarque moral aparecen como resortes que pueden alimentar tanto la aproximación y la búsqueda del ‘entre-simismo’ como la distinción” (p.63). Estas lógicas culturales y morales forman parte de “estrategias socio-espaciales de mantenimiento estatutario, de reproducción social o de ascenso posterior” (p.63).

La primera dimensión de la relación con la pobreza y la diversidad social es “una práctica de repliegue en el seno de ciertos espacios urbanos”, aunque esta práctica se decline de manera diferente en cada una de las tres metrópolis estudiadas (p.65). En el caso de Delhi, “el barrio está generalmente cerrado y marcado por unas fronteras físicas nítidas” (p.65). Las prácticas de “entre-simismo”, de evitación y de retirada conducen los residentes de los barrios favorecidos a huir de los espacios verdaderamente públicos (p.65). En París, “las relaciones con la ciudad, las percepciones del orden social, las concepciones del orden moral así como las representaciones particulares de los pobres y de las clases populares” varían en mayor proporción entre los barrios estudiados (p.67).

Según los sociólogos galos, “la auto-agregación residencial está generalmente motivada por dos lógicas principales: por una parte, por un sentimiento de compartir (...) ciertas representaciones, apreciaciones, valoraciones y clasificaciones; [y], por otra parte, por un enfoque más explícitamente estratégico de colocación y acumulación de recursos con un [objetivo] de reproducción o de movilidad social” (p.70). A menudo, estas dos lógicas están fuertemente imbricadas entre sí “en las prácticas y en los discursos de los actores” (p.71).

- Los espacios estudiados en Delhi son lugares donde “se sienten a gusto y en seguridad, especialmente por el fuerte sentimiento de similitud con los demás habitantes” (p.71). Para las personas entrevistadas, la fragmentación identitaria general de la sociedad india conduce “al separatismo y a la voluntad de auto-

segregación de los más ricos” (p.72). Los barrios favorecidos de Delhi “son lugares de sociabilidad y de control social recíproco intensos, caracterizados por un muy [elevado] nivel de conocimiento mutuo, por un sentido muy [afirmado] de solidaridad de clase y de casta, y por un fuerte sentimiento de pertenencia” (p.72).

● En Sao Paulo, la relación con el “entre-simismo” residencial burgués es, a la vez, similar y diferente. “En la metrópoli brasileña, también, el elogio explícito de las múltiples dimensiones afinitarias y positivas de la homogeneidad de clase es un tema central” (p.81). A su vez, y contrariamente a lo que sucede en India, en Sao Paulo, “la agregación [basada en la afinidad] en el seno del barrio y el sentimiento de pertenencia local pueden ser facilitados por la aversión política compartida hacia el Partido de los Trabajadores (PT) y (...) su preferencia por el Partido Social-Demócrata Brasileño (PSDB)” (pp.83-84). Asimismo, la exigencia de distinción y de reproducción social de las clases superiores está “explícitamente vinculada con un deseo activo de expulsar los pobres de los espacios públicos del barrio” (p.84).

● En cuanto a París, su distrito nº16 está considerado por sus habitantes como tranquilo y residencial, en referencia a su carácter burgués. Sus habitantes subrayan “la relativa homogeneidad de la población local” y se oponen a los proyectos que pretenden introducir una mayor diversidad social en el barrio (p.89). Ese distrito se caracteriza igualmente por “una cierta homogeneidad étnica y lingüística francesa, una condición necesaria a la instauración de un orden moral local apropiado” según sus habitantes (p.90).

Los contrastes son menos nítidos en lo que se refiere a su dimensión más explícitamente estratégica. De hecho, “en las tres ciudades, ésta aparece sobre todo, e incluso únicamente, (...) bajo la forma de objetivos de reproducción social o de proyectos de ascenso posterior que conciernen [sus] hijos” (p.96). En Francia, las estrategias de matriculación en las buenas secciones educativas y en los mejores centros, “y la anticipación de los criterios de las instancias de selección, (...) están en el [centro] de las preocupaciones de la mayoría de los burgueses de los [barrios desfavorecidos]” (p.96). Pero, en la mayoría de los casos estudiados, “es la eficacia y la fiabilidad del barrio en su conjunto, como instancia de control y de socialización múltiple (...), que son buscadas y valoradas” (p.96). En India, igualmente, los habitantes de estos barrios manifiestan un gran temor ante la diversidad social y valoran que “sus hijos puedan crecer en un barrio homogéneo, poblado por personas que presentan las mismas [características] sociales y que comparten las mismas maneras de pensar” (p.99). Ese temor se acompaña, a menudo, de “un elitismo social explícito y reivindicado,

incluso y sobre todo en el seno de las clases [acomodadas]” (p.100). El capital social así cultivado constituye un recurso crucial para el futuro. Por último, Sao Paulo es la ciudad en la cual “las relaciones con la diversidad social y las estrategias puestas en marcha para preservar el ‘entre-simismo’ burgués difieren [en mayor medida] de un barrio a otro” (p.102).

Asimismo, los habitantes de los barrios favorecidos de estos barrios se muestran más preocupados por el “marcaje de fronteras simbólicas (...) con las demás fracciones de las clases superiores y medias-superiores que con los pobres”, dado que la distinción con estos últimos es más evidente, al objetivarse “en las divisiones socio-espaciales de las metrópolis” (p.108). Es en la metrópoli parisina, cuyos barrios favorecidos están menos expuestos a la proximidad de los espacios populares, “pero donde el debate público está menos marcado por una exhortación a la diversidad social”, que se encuentra más claramente expresada la distinción clásica entre “buenos y malos pobres” (p.110). Esta distinción gira en torno a dos cuestiones principales: la presencia de sin-hogareños y de mendigos, y los proyectos de implantación de viviendas sociales (p.110).

En el tercer capítulo, titulado “protegerse de los pobres”, los autores constatan que “la preocupación por el mantenimiento del orden moral, de la higiene y de la seguridad hace referencia a unas representaciones de los pobres [percibidos] como amenazas: amenaza de corrupción de los valores dominantes en el seno del barrio, amenaza sanitaria y amenaza [asociada a] la seguridad” (p.117). Las clases populares son descritas como “repugnantes y violentas”. Así, estas son “alterizadas, estigmatizadas y denunciadas como peligrosas, y pueden (...) ser objeto de prácticas discriminatorias” (p.117). La tendencia de las clases adineradas a encerrarse en unos espacios clausurados es especialmente visible en Sao Paulo, “pero existe también, bajo una forma atenuada, en Delhi y, de manera más puntual y discreta, en París” (p.117).

El temor por el desorden, la suciedad y la contaminación “se cristaliza en el imaginario colectivo bajo la forma de estereotipos. (...) Las imágenes así construidas y [difundidas] en las discusiones diarias contribuyen a estructurar las interacciones urbanas” (p.118). Así, la presunta suciedad de los pobres “justifica su puesta a distancia o su exclusión, la multiplicación de las reglas de precaución y las estrategias de evitación a su respecto, pero también una voluntad de reformar su modo de vida y de ‘civilizarlos’”; todo ello asociado a su preocupación por protegerse de ellos segregándolos (p.118). El movimiento higienista es representativo de esta ambivalencia (p.118).

- En Francia, el higienismo del siglo XIX “tenía como fin cambiar los hábitos de higiene de la población y actuar sobre el urbanismo para evitar la propagación de las enfermedades” (p.119). Las ideas higienistas han conducido, igualmente, “a sistematizar las representaciones estigmatizantes de las clases populares, aso-

ciadas al alcoholismo, a la degeneración física y a la morbilidad” (p.119). Esto ha llevado las instituciones a desarrollar una higiene pública que ha desembocado en una verdadera biopolítica de Estado (p.118).

• El higienismo es introducido en Brasil por la corte portuguesa y se extiende con el desarrollo de las ciudades y el aburguesamiento de la élite (p.127). En ese sentido, la cuestión social se resume en esa época “al control de las poblaciones de riesgo” (p.127). En Sao Paulo, “la higiene constituye, ante todo, un criterio de distinción social” (p.127). Las personas que residen en las favelas son las principales víctimas de estas críticas (p.128). De hecho, “los discursos higienistas se dirigen (...) a la clase obrera, porque los habitantes de las favelas, los usuarios de los autobuses y el personal doméstico de los hogares burgueses pertenecen a esa categoría social” (p.129). La sensibilidad de las clases favorecidas brasileñas hacia las cuestiones de higiene “está fuertemente vinculada con su preocupación por desmarcarse del pueblo” (p.132).

• Para los habitantes de los barrios favorecidos de Delhi, “la cuestión de la higiene y de la limpieza de la ciudad es una preocupación cotidiana” (p.132). Por lo tanto, “el coche constituye el modo de transporte privilegiado y los (...) barrios de la élite están considerados como los únicos lugares realmente [recomendables]” (p.133). La problemática de la higiene en Delhi es abordada a través de “los espacios ocupados de manera predominante por [los] pobres que [son] descritos como insalubres, [no recomendables], y que suscitan la repugnancia” (p.134). La pregnancia de la casta permite explicar parcialmente “ese separatismo social, por la voluntad de preservar intactas las marcas de pureza ritual” (p.135). Pero, “la cuestión de la higiene desborda de lejos el simple temor del contacto con la suciedad de la que serían llevaderas las bajas castas” (p.136).

La comparación de estas tres metrópolis pone de manifiesto una gradación: “una repulsión física globalmente controlada en París, un temor por la contaminación anclada en un higienismo de evitación y de distinción social en Sao Paulo, y un higienismo separatista en Delhi” (p.141).

Por otra parte, la obsesión por la seguridad de los ricos se explica parcialmente por la tasa de homicidios en vigor en la urbe en la que residen. En ese caso, “las estadísticas de criminalidad traducen un factor de riesgo y justifican el despliegue de medidas de protección específicas” (p.141). No en vano, “el sentimiento de inseguridad no es compartido de la misma manera por las clases superiores de las tres ciudades. (...) El hecho de haber padecido un robo o una agresión, o de tener alguien de su familia o un amigo que ha sido víctima puede contribuir a reforzar esta preocupación” (p.142). Por ejemplo, Sao Paulo, donde la criminalidad alcanza unas tasas

vertiginosas, el sentimiento de inseguridad está muy presente. “Las personas interrogadas la asocian [preferentemente] a la cuestión de la pobreza” (p.142). No en vano, “las clases superiores no [viven] ese tema con la misma intensidad. Si algunas personas se sienten en peligro en toda la ciudad, otras encuentran, a pesar de todo, cierta tranquilidad en su barrio, o, al menos, en su casa” (p.142). Las diferencias en el sentimiento de inseguridad resultan de la edad, la categoría socio-profesional y la vivencia personal. De hecho, “los más jóvenes, las profesiones culturales y las personas que han frecuentado o trabajado en unos espacios caracterizados por situaciones de pobreza se sienten menos en inseguridad que los demás” (p.142).

Así, las clases favorecidas de Sao Paulo mencionan tres lugares que tienen fama de ser peligrosos, sabiendo que todos “coinciden con las zonas de concentración de la pobreza” (p.143). En algunos casos, la obsesión por la seguridad no tiene límites, lo que conduce a los habitantes de los barrios acomodados a desconfiar de todo el mundo (p.143). En París, son sobre todo “los espacios percibidos como populares y las líneas de transporte público que los atraviesan los que están considerados como peligrosos” y que generan cierto malestar (p.147). La fuerte concentración en algunos barrios de minorías pobres es considerada como problemática. En este caso, la cuestión social y la cuestión racial se entremezclan (p.149). Estos espacios son percibidos como lugares donde prevalece el tráfico de drogas y que están frecuentados por toxicómanos cuyas reacciones son impredecibles y por profesionales de la violencia igualmente incontrolables (p.151). En Delhi, aunque el sentimiento de inseguridad sea menos intenso que en Sao Paulo, dicha preocupación está presente. La ciudad india es especialmente peligrosa para las mujeres (p.152), dado que “el temor de la agresión sexual es recurrente” (p.153). La carretera constituye la otra gran fuente de inquietud de los habitantes de los barrios favorecidos de Delhi, que resulta de “los episodios de *road rage*, así como [de] los accidentes [de tráfico] vinculados con la conducción agresiva de automovilistas o con los altercados posteriores” (p.154). Y, cuando están en sus domicilios, “los habitantes de [estos barrios] desconfían de sus domésticos” (p.156). Ante el supuesto riesgo que representan, reaccionan con cierto paternalismo (p.156). Para que la sensación de frustración del personal doméstico no sea excesiva, les hacen sentir que “ocupan un lugar especial en el seno de la familia” (p.156).

De manera general, si la sensación de inseguridad “experimentada por los ricos es de intensidad variable en las tres metrópolis y si alcanza su paroxismo en Sao Paulo”, los mecanismos que producen el miedo son similares (pp.157-158). En las tres ciudades, las personas interrogadas “han identificado los lugares, los distritos o los barrios peligrosos (...). Delimitándolos de manera espontánea, designan en realidad [unos colectivos] que les parecen (...) indeseables y de los que [intentan] protegerse” (p.158). Se trata del migrante, del excluido, pero también del empleado de hogar (p.158).

Ante la violencia urbana y las carencias del Estado, sobre todo en Sao Paulo, las clases favorecidas exigen un incremento de los dispositivos de control y una mayor presencia policial (p.158). Para gestionar sus angustias, los habitantes de estos barrios “recurren a estrategias de desplazamiento en la ciudad basadas en la anticipación de los riesgos potenciales y la evitación de los barrios considerados como peligrosos” (p.159). La situación es diferente en la capital gala. “Si perciben lo más a menudo sus barrios como seguros, (...) afirman, sin embargo, (...) haberse enfrentado a delitos violentos, como víctimas o como testigos” (p.160). Esta sensación de seguridad relativa se debe, en gran parte, al hecho de que “las personas entrevistadas no consideran de la misma forma [las] agresiones y [las] amenazas físicas” (p.161). Si la seguridad tiene un coste, está, ante todo, vinculado al precio de la vivienda. Más allá, “el perfil de los residentes [y] la proximidad con los lugares de poder están considerados como (...) criterios que garantizan su tranquilidad” (p.163). De manera general, “la obsesión [por la seguridad] conduce a una forma de discriminación de los pobres (...). La necesidad que sienten los ricos de protegerse de los pobres (...) está basada en dos tipos de [temores]: la repugnancia ante la suciedad, el hedor, el desorden y el riesgo de contaminación, por una parte; [y] el clima de inseguridad, de violencia, de robos y de agresiones, por otra parte” (p.166).

En el cuarto capítulo, que se interesa por la justificación de la pobreza, los sociólogos franceses subrayan que “los habitantes de los [barrios favorecidos] despliegan frecuentemente unos grandes esfuerzos para intentar justificar la pobreza” (p.169). Su argumentación pasa, a la vez, “por la justificación de los privilegios de unos y por la justificación de la inferioridad de otros” (p.169). Existe un intento por naturalizar la pobreza y “los discursos se apoyan en las ideologías del neoliberalismo y de la meritocracia” (p.169). La naturalización de la pobreza consiste en los discursos y las ideologías que decretan “la inferioridad natural de ciertos grupos sociales (...). Así, la suerte de los pobres es atribuida a leyes que [obedecen al] determinismo biológico o genético” (p.169). Mientras que el neoliberalismo es un fenómeno que asocia una teoría económica, una ideología política, una filosofía de las políticas públicas y un imaginario social. En esa óptica, “la meritocracia constituye un elemento clave del neoliberalismo” (p.169).

Si los repertorios movilizados en las tres ciudades son relativamente similares, “aparecen variaciones notables, en particular a propósito de la naturalización de la pobreza” (p.170). En París, por ejemplo, está menos afirmada que en Sao Paulo y en Delhi (p.170). En la metrópoli brasileña, las personas interrogadas insisten en la importancia de supuestos dones y recurren, aunque sea de manera disimulada, a cierto racismo (p.171). En Delhi, “las personas interrogadas se distinguen por una movilización mucho más frecuente de discursos que [pretenden] naturalizar la

pobreza”, basándose en la casta (p.171). Se apoyan para ello, por un lado, “en la teoría del karma”, y, por otro lado, “en la afirmación de diferencias culturales entre [castas]” (p.171). En lo que se refiere al recurso a las ideologías neoliberal y meritocrática, las diferencias son menores (p.171). “En India, los habitantes de los [barrios favorecidos] denuncian las políticas de cuotas, en Brasil los efectos de la Bolsa Familia, y en Francia la Renta de Solidaridad Activa” (p.171). No en vano, en todos los casos, “se incide en la capacidad de trabajo de los ricos y la supuesta pereza de los pobres, [y en] la denuncia del intervencionismo excesivo del Estado que [perturbaría] el equilibrio del mercado” (p.171).

Entre los numerosos discursos que intentan legitimar el carácter natural de la pobreza de la que sufren los miembros de ciertos colectivos, “los que presentan una dimensión racista ocupan un lugar central”, ya que decretan “la inferioridad intrínseca de ciertos grupos sociales” (p.172). La ideología racista constituye, en efecto, “un poderoso instrumento para afirmar la fundamentación de las jerarquías sociales” (p.172). Si el racismo es “un modo de justificación de las desigualdades que se encuentra en los tres países [estudiados], (...) [en cada caso] se apoya en repertorios diferentes. En el marco indio, se puede hablar de ‘castismo’. En Francia, el repertorio racista está muy ampliamente forjado en la experiencia colonial. En Brasil, la cuestión racial (...) se disimula a menudo detrás de un velo de silencio” (p.172). Paralelamente, se desarrolla una concepción genética de lo social, lo que conduce a una antropología pesimista, fatalista y resignada (p.173).

- Las clases acomodadas de Delhi se distinguen de las de París y de Sao Paulo por “la recurrencia (...) de discursos que se apoyan en la teodicea del karma. La doctrina del karma es frecuentemente movilizado para dar cuenta de las diferencias en los destinos individuales” (p.173). Estas creencias pueden conducir los ricos a tener una mirada extremadamente fatalista de los pobres que observan con cierto desprecio (p.174). La reapropiación de ese discurso por los habitantes de los barrios favorecidos de Delhi, mayoritariamente de confesión hinduista, permite “naturalizar el orden social” (p.174). Esta visión conduce al “rechazo de la victimización de los pobres, que es uno de los pilares de la compasión” (p.175). Se añade a ello una lectura de la sociedad india basada en “diferencias en términos de religión, de casta, de renta o de origen geográfico. En todos los casos, se [atribuyen] a los individuos unas cualidades específicas [asociadas] a su supuesta pertenencia a tal o cual grupo” (p.176). Esta separación de los grupos sociales en castas conduce al separatismo social (p.178).

- La situación brasileña es paradójica, ya que se caracteriza por un racismo institucional sistemático ante el cual las élites evitan expresar sus opiniones en público. Esto resulta de “la evolución de las categorías raciales en Brasil” (p.179).

El ideal de un mestizaje perfecto esconde la realidad del racismo (p.179), que se convierte en un “racismo silencioso” (p.184).

● Comparativamente, “las personas entrevistadas en la metrópoli parisina [intentan] explicar el éxito de unos y el fracaso de otros por mecanismos socio-lógicos mucho más a menudo que en Delhi o en Sao Paulo” (p.184). Si aluden a los dones, a las capacidades naturales o a las predisposiciones genéticas para explicar el éxito socioeconómico, se trata, casi siempre, de una explicación secundaria, ya que sus efectos son limitados en comparación con la educación, la transmisión de prácticas y de valores, o el entorno en el que crecen (pp.184-185). Contrariamente a lo que sucede en India, donde el “castismo” es predominante, en el Hexágono, los discursos que defienden la idea de desigualdades naturales no suelen apoyarse en ideologías racistas (pp.187-188). Y, cuando se refieren a ellas, se trata de un racismo cultural y no de un racismo biológico (p.188). Así, el distanciamiento cultural de los inmigrantes y su presunta incapacidad para integrarse provendrían de un “choque cultural”. Se trata de un argumento a favor de “una incompatibilidad cultural insuperable a corto y medio plazo” que justificaría “unas prácticas de evitación y de segregación” (p.190).

En cuanto a las ideologías de la meritocracia y del neoliberalismo, ocupan igualmente un lugar central en el discurso de los habitantes de los barrios favorecidos. “Su articulación (...) parece cumplir dos funciones complementarias en la manera en que la élite percibe los pobres. Por una parte, los convence de que los privilegios de los que se benefician no están usurpados y [no son] arbitrarios. Por otra parte, les permite darse buena conciencia persuadiéndose de que los pobres merecen su suerte” (p.190). En todos los casos, en lugar de atacar frontalmente el Estado del Bienestar, intentan mostrar que las reformas sociales emprendidas tienen efectos secundarios nefastos e incluso contrarios a los objetivos perseguidos (p.191). No en vano, se observan importantes variaciones entre las ciudades estudiadas, ya que las concepciones del mérito difieren notablemente (p.190).

Los habitantes de los barrios acomodados de Delhi se apoyan frecuentemente en “la ideología del mérito para justificar la pobreza. (...) Consiste en una denuncia de la pereza y de la deshonestidad de los pobres” (p.191). Esta representación de los pobres, como “profundamente perezosos (...) e incapaces de reconocer el valor del trabajo de los ricos, constituye [la base] de una reivindicación propiamente india de la figura del ‘asistido’, acusado de vivir de las ayudas sociales” (p.193). Pero, la declinación india del *welfare queen* se encarna en la figura del “mendigo que se aprovecha” que es objeto de numerosas denuncias y fantasmas (p.194). Es, “en los discursos sobre las políticas de [cuotas, donde] la denuncia ‘castista’ de la ausencia de mérito es la más violenta”, porque dificultan “sus propias estrategias de reproducción social” (p.195).

Estas políticas contribuirían a la “degeneración de las élites indias” (p.195). En definitiva, las cuotas tendrían un efecto perverso, supondrían un riesgo y provocarían la inanidad (p.196). Asimismo, prevalece la idea según la cual la acumulación de riqueza de los más favorecidos acaba beneficiando a los más pobres a través del escurrimiento (p.198). De la misma forma, “la idea de una mejora continua y progresiva de la situación de los pobres bajo los efectos del crecimiento económico general está ampliamente extendida” (p.199). Esto permite a los más adinerados evitar cualquier sentimiento de culpa ante las desigualdades (p.199).

Contrariamente a lo que sucede en India, “la retórica del *trickle-down* está poco presente en los discursos de los entrevistados brasileños” (p.200). Su discurso se centra en “la denuncia del peso excesivo del Estado” y en la relación problemática con el trabajo (p.201). Esta retórica les permite, a la vez, “presentar sus privilegios como la justa recompensa de su trabajo y de sus esfuerzos, y presentar la miseria de los pobres como la consecuencia de su pereza” (p.201). Consideran que la Bolsa Familia solo debería otorgarse a los pobres trabajadores y merecedores, y no a los perezosos (p.202), incidiendo en la distinción entre “buenos y malos pobres” (p.202). Asimismo, desarrollan un discurso muy agresivo contra el Estado. Ellos mismos serían las víctimas de una administración especialmente ineficaz y fuente de desmotivación y de inacción. Critican igualmente la presión fiscal que dificultaría la contratación de trabajadores y, por lo tanto, la creación de empleo (p.204).

Cuando se trata de meritocracia, “los entrevistados parisinos parecen estar [preocupados por] reconocer que todos los niños no están dotados de los mismos recursos y no se benefician de las mismas oportunidades” (p.207). A ello se añaden los “efectos de la crisis macro-económica o los efectos del barrio” (p.208). El discurso cambia cuando se trata de explicar la situación de los pobres adultos cuya pereza e irresponsabilidad son puestas de manifiesto. De hecho, “la pobreza [sería] reproducida por unas culturas y unos hábitos familiares que no valorizan suficientemente el gusto por el esfuerzo y la disciplina. Así, los pobres estarían [atrapados] en una cultura de la pobreza y de la pereza” (p.208). Mientras que la retórica de la naturalización posibilita la ausencia de ayuda prestada a los pobres, ya que está construida sobre la negación de su perfectibilidad, “la retórica meritocrática (...) está fundamentada en la idea misma de perfectibilidad” (p.209). Asimismo, las personas entrevistadas estiman que las ayudas sociales conducen a la desmovilización y a la apatía (p.212). Denuncian, igualmente, las derivas de los dispositivos de ayudas sociales, los abusos de los defraudadores y los que se aprovechan del sistema de protección social (p.213). En ese sentido, inciden en la distinción entre “verdaderos y falsos pobres” (p.215).

Las referencias a la ideología meritocrática y a la relectura neoliberal contemporánea “justifican (...) la pobreza, las desigualdades y la posición de los pobres en

la escala social. (...) La mayoría de los discursos (...) contribuyen a banalizar una negación de la igualdad y conducen insidiosamente a la distinción entre humanidades distintas” (p.218). La naturalización, la culpabilización y la banalización de la pobreza “constituyen otros tantos poderosos resortes para desactivar el sentimiento de indignación o de compasión hacia los pobres” (p.218).

En el quinto capítulo, centrado en la discriminación, los autores constatan que, en las tres metrópolis, el hecho de vivir en barrios favorecidos permite a sus habitantes “estar rodeados de personas que les son parecidos y con las cuales es posible compartir globalmente las mismas concepciones de la sociabilidad y de la urbanidad, los mismos principios educativos, [y] las mismas aspiraciones e intereses” (p.219). En efecto, vivir en un barrio donde se concentra la riqueza, permite “a las categorías superiores [beneficiarse] de las ventajas del ‘entre-simismo’ en términos de seguridad y de bienestar, y de estar en conformidad con el estatus social al que aspiran” (p.219). A partir de ello, los sociólogos galos ponen de manifiesto “el tríptico de la discriminación de los pobres” que alude a las representaciones estigmatizantes de los pobres, al proceso de puesta a distancia o de rechazo social que implican, y a la negación del reconocimiento que nutren (p.220). Aunque las formas de discriminación de los ricos hacia los pobres no sean mencionadas por los primeros, son recurrentes en las tres ciudades estudiadas. Existen tres dimensiones fundamentales de ese proceso que se refuerzan mutuamente: “un proceso de construcción de una frontera moral, un proceso de repulsión física, [y] un proceso de neutralización de la compasión” (p.220).

Así, numerosos ricos “viven su barrio como una isla, una suerte de [zona aislada socialmente], en el cual es más fácil sentirse protegido. Se trata, en ciertos casos, de una solidaridad de similitudes basada en un [profundo conocimiento mutuo]” (p.220). Pero, incluso cuando el conocimiento mutuo es superficial, ese sentimiento de pertenencia común no se disipa (p.220). “Ese sentimiento compartido de estar allá donde conviene estar en conformidad con su estatus social permite vivir en armonía consigo mismo y con los demás. Esto permite evitar las tensiones, las incomprensiones, las altercaciones de la vida cotidiana” (p.221). En ese proceso, los ricos preservan también sus intereses, especialmente en materia de educación (p.221), ya que posibilita matricular a sus hijos en los mejores centros educativos. Además de la calidad de la enseñanza, permite garantizar unas buenas frecuentaciones para sus progenituras. En esta materia, “las élites de Delhi, Sao Paulo y París tienen preocupaciones similares” (p.221). La permanencia en el barrio obedece también a “una estrategia de distinción y de reproducción social anclada en la convicción de pertenecer a una clase privilegiada y deseosa de preservar ante todo sus intereses de clase” (p.224).

No obstante, existen variaciones entre los barrios favorecidos “de cada metrópoli y, a menudo incluso, en el seno de ciertos barrios, entre sus diferentes componentes

sociales” (p.222). De las tres urbes, “Sao Paulo es (...) aquella donde los ricos muestran, de la manera más ostentosa, los signos de su éxito material” (p.222), de modo que los habitantes de estos barrios se vean involucrados en “una carrera permanente a la distinción” (p.222). Existe en cada metrópoli “una jerarquía entre los barrios ricos, [alimentada] por un juego sutil de distinción social” (p.222). Más aún, los habitantes de ciertos barrios intentan establecer una comparación entre sí, de manera que el barrio se convierta, a veces, en “un campo de enfrentamiento entre diferentes franjas de la burguesía” (pp.222-223). Esto se produce entre la burguesía tradicional y los nuevos ricos (p.223). De hecho, estos barrios tampoco son del todo homogéneos desde el punto de vista de los valores, dado que existen voces disonantes. Por ejemplo, ciertos habitantes se adhieren a valores progresistas, que no coinciden con los valores conservadores de la mayoría de los residentes (p.224).

Los ricos de la metrópoli parisina no mencionan tanto las dos razones habitualmente invocadas para justificar la voluntad de mantener los pobres a distancia: “la peligrosidad de esta población y el clima de inseguridad que hace reinar en el espacio urbano, por una parte, y la falta de higiene [y] la suciedad que transmite supuestamente, por otra parte” (pp.225-226). Esto no significa que la demanda de seguridad no exista ni que retroceda, pero no se trata de una preocupación fundamental (p.226). Las personas entrevistadas utilizan habitualmente el transporte público, lo que es impensable para la mayoría de los ricos brasileños e indios (p.226). No en vano, cuando la amenaza se aproxima, como por ejemplo cuando el Ayuntamiento decide construir un centro de acogida para refugiados en sus barrios, la hostilidad hacia los colectivos desfavorecidos se manifiesta con rotundidad (p.227).

El carácter indeseable de los pobres es mencionado en mayor medida por los ricos de Sao Paulo. De hecho, la tasa de criminalidad es muy superior a la que conoce la capital gala. Protegerse de los pobres, percibidos como peligrosos, se convierte en una lucha cotidiana que implica una vigilancia permanente (p.229). En efecto, “los ricos viven en un clima de tensión real y adoptan unas estrategias de protección en todos los actos de la vida cotidiana” (p.229). Ante el carácter amenazante de su entorno urbano, “los más ricos se refugian en el confort del interior doméstico, el cual debe reflejar su estatus social y las normas que la acompañan” (p.229). La falta de higiene es igualmente señalada como factor secundario. Hablan de la suciedad del centro urbano o de la falta de higiene de los empleados de hogar (pp.230-231). En ese sentido, la higiene es un criterio de contratación esencial por temor al contagio (p.231).

La metrópoli india “presenta numerosas similitudes con la metrópoli [brasileña] en lo que se refiere a las reacciones que suscita la presencia de los pobres en el espacio urbano” (p.231). Para los ricos, el “barrio es el primer garante de [su] seguridad” (p.232). La inseguridad afecta especialmente a las mujeres y alude al carácter caótico

de los transportes y a los numerosos accidentes de tráfico (p.232). A todo ello se añade una falta de higiene en la mayoría de los espacios públicos de la ciudad (p.232).

Otra concepción, más construida, hace referencia a una visión del orden social basada en argumentos ideológicos que giran en torno a la naturalización de la pobreza y a concepciones determinadas del mérito (p.234).

- En los barrios ricos de Delhi, la naturalización de la pobreza pertenece a un registro religioso. “Según la teoría del karma, (...) los pobres nacen pobres en razón de [los actos realizados durante sus] vidas precedentes” (p.234). A ello se unen las distinciones de casta, clase y origen geográfico (p.234). En general, las personas entrevistadas en Delhi manifiestan cierto desprecio hacia los pobres. “Se trata de un racismo de clase basado en la creencia de que los pobres forman una humanidad distinta” (p.235).

- Ese proceso de naturalización de la pobreza se produce también en Brasil. Al estar al margen de la sociedad, los ricos intentan protegerse de los pobres y consideran necesario retomar su educación para “civilizarlos” (pp.236-237). En ese sentido, existe una relación de dominación, parcialmente heredada de la época de la esclavitud, y marcada por cierto paternalismo (p.237). Esto se acompaña de un discurso que incide en el determinismo biológico. No obstante, se observan variaciones entre los barrios estudiados. Así, el barrio que concentra la mayor proporción de residentes provenientes de la vieja burguesía tradicional incide más a menudo en el determinismo biológico (p.238). A veces, existe una “interpenetración de los argumentos biológicos y sociales para explicar la persistencia de la pobreza” (p.238). Para justificar la pobreza y las desigualdades, “la élite de Sao Paulo [recurre] también al registro de la meritocracia” (p.238). Se constata una unanimidad en la auto-justificación del mérito de los ricos que los conduce a criticar duramente los programas nacionales de lucha contra la pobreza impulsados por el gobierno brasileño (p.239).

- Las categorías favorecidas de la capital gala hablan de la pobreza en términos diferentes, ya que inciden, en mayor medida, en los determinismos sociales. “Para la mayoría, la parte de lo social y de lo familiar es (...) preponderante y la del talento natural, al contrario, es desdeñable” (p.241). No en vano, las personas entrevistadas recurren, como factor explicativo, a la cultura de la pobreza que se caracterizaría por la falta de voluntad, la ausencia de gusto por el esfuerzo y la disciplina, y unas prácticas inapropiadas e incluso condenables moralmente, como el alcoholismo o la negligencia parental (p.241).

En el sexto y último capítulo, centrado en la noción de solidaridad, los autores subrayan que el tríptico de la discriminación de los pobres constituye una manera eficaz

de limitar e incluso de suprimir la solidaridad hacia esta categoría de la población (p.247). De hecho, si la solidaridad hacia los pobres responde a valores universales, se ejerce en un marco nacional, “en referencia a los derechos sociales y al vínculo de ciudadanía” (pp.248-249). En ese sentido, “la discriminación [contra] los pobres (...) no es únicamente el hecho de las categorías sociales superiores”, dado que existe igualmente en las clases medias (p.249). Existen dos registros argumentales que predisponen a la discriminación de los pobres: “aquel, plural y acumulativo, [que] es poco propicio a la emergencia de una solidaridad organizada con los desfavorecidos, y aquel, selectiva y parcial, [que] es parcialmente compatible con el principio [de solidaridad]” (p.251).

Las tres dimensiones del proceso de discriminación de los pobres por los ricos se refuerzan mutuamente. Esto se produce en las tres metrópolis, aunque sea en mayor proporción en Delhi y en Sao Paulo que en París (p.252). Estos registros argumentales permiten explicar sus prácticas auto-segregativas en el espacio urbano y justificar el orden social desigualitario (p.252).

- En Delhi, “la élite india (...) se dota de un sistema coherente de creencias que la sitúa espontáneamente en el orden social y moral, [considerado como] superior, y la alivia de cualquier sentimiento de injusticia o de mala conciencia hacia (...) los desheredados” (p.252).

- Las lógicas argumentales en vigor en la metrópoli de Sao Paulo son relativamente parecidas (p.253). “La constitución de un orden moral considerado [como] superior, como expresión de una voluntad de distinción de clase y de reproducción social”, se apoya en procesos de racionalización del carácter indeseable de los pobres y de las desigualdades (p.253). Esto les protege psicológicamente “ante cualquier forma de sensibilidad excesiva hacia las injusticias y el sufrimiento de los más desprovistos” (p.253). Pero, entre las justificaciones del carácter indeseable de los pobres, “la inseguridad provocada por la peligrosidad de los pobres es preeminente” (p.253).

- En la capital gala, “la articulación de los registros argumentales no es tan sistemática” (p.255). De hecho, “si los ricos justifican sus prácticas auto-segregativas por un [deseo] de distinción de clase y de confort de vida, en armonía moral con familias de mismo origen o de mismo estatus que ellos, se esfuerzan menos en racionalizar el carácter indeseable de los pobres” (p.255). En su sistema de racionalización de las desigualdades sociales, la naturalización de la pobreza ocupa un lugar menor en beneficio de un discurso basado en el mérito (p.256) que gira en torno al sentido del esfuerzo, las virtudes morales, la cultura del trabajo y del ahorro (p.256). Esto resulta del hecho de que, “en la metró-

poli parisina, la fractura entre las clases sociales se manifiesta de manera menos ostentosa que en Delhi o en Sao Paulo” (p.257). A su vez, en los discursos, “la puesta a distancia de los pobres y la naturalización de las desigualdades aparecen como menos brutales” (p.257).

Según los sociólogos galos, “la naturalización y la victimización de la pobreza pueden ser consideradas como dos polos opuestos” en la comprensión del fenómeno (p.262). Entre estos dos extremos, existe una serie de situaciones continuas en torno a la culpabilización de los pobres (p.262). Los autores distinguen cuatro tipos de vínculos que unen los individuos entre sí y con la sociedad: el vínculo de filiación, el vínculo de participación electiva, el vínculo de participación orgánica y el vínculo de ciudadanía (p.262). Esta tipología permite analizar de qué manera “los vínculos sociales se entremezclan de manera normativa en cada sociedad y cómo (...) se elabora la regulación de la vida social” (p.262). Esta regulación social global constituye un régimen de vinculación. A ese propósito, distinguen cuatro regímenes básicos: el régimen familialista, el régimen voluntarista, el régimen organicista y el régimen universalista. “En cada régimen, existe (...) un vínculo preeminente (...) basado en un tipo determinado de moral” (p.263). Más detalladamente, “la naturalización de la pobreza puede ser analizada como un factor asociado al régimen familialista, mientras que la culpabilización puede ser interpretado como una dimensión vinculada al régimen voluntarista. La victimización de los pobres hace referencia, por su parte, tanto al régimen organicista como al régimen universalista” (p.264).

Las metrópolis de Delhi y Sao Paulo aluden claramente al régimen familialista que constituye “un caldo de cultivo favorable al proceso de naturalización de la pobreza y a la reproducción de un orden social desigualitario” (p.264). El régimen familialista está extendido “en unas regiones caracterizadas por un escaso desarrollo industrial [y] en las zonas rurales” (p.266). Pero, “puede [prevalecer] en regiones más desarrolladas que ofrecen (...) una base familialista a un capitalismo de pequeños emprendedores solidarios entre sí. Puede también caracterizar el modo de desarrollo de un país emergente” (p.266). Existe en ese tipo de régimen cierta “rutinización de la dominación, sobre todo cuando está asociada a formas de protección paternalista” (p.266).

La metrópoli gala es más próxima al régimen organicista que está asociado “al desarrollo económico [y] a la intensificación de los intercambios en el mundo laboral y en la sociedad mercantil” (p.267). Pero, hace referencia, sobre todo, a una protección estatutaria orquestada por la capacidad reguladora de Estado (p.267). En su seno, las desigualdades aparecen como constitutivas de la vida social, en el sentido de luchar por la clasificación “en la escala del prestigio y de las ventajas que procura la dominación” (p.267). Esto hace que el Estado intervenga de manera más visible

(p.267). En semejante configuración, “el sistema de protección está más avanzado en la vida de la desmercantilización, pero sigue estando fragmentado en una [multitud] de sub-sistemas distintos” (p.268). En un régimen organicista, los pobres son generalmente percibidos como las “víctimas de las injusticias”, ante las cuales es preciso actuar de manera masiva (p.268).

En definitiva, este estudio llevado a cabo en los barrios ricos más segregados de tres grandes metrópolis, ha conducido sus autores a “explorar las dimensiones contemporáneas de la discriminación de los pobres” (p.273), sabiendo que prevalece un tríptico de la discriminación (p.274). Pero, “si el riesgo de desprecio y de puesta a distancia de los pobres se averigua en las tres [urbes analizadas], no lo es en la misma proporción” (p.277). Cuando las tres dimensiones del proceso de discriminación de los pobres por los ricos se refuerzan mutuamente, “las condiciones del [retroceso] de la solidaridad están reunidas” (p.277).

Al término de la lectura de *Ce que les riches pensent des pauvres*, conviene subrayar la originalidad de la perspectiva elegida por los autores que consiste en compaginar el análisis de diferentes clases sociales al estudiar la relación y percepción de la pobreza que tienen las categorías sociales superiores residentes en barrios favorecidos. Lo hacen en un trabajo sumamente estructurado y documentado que ofrece una fuerte sistematización teórica, en torno a los conceptos de tipo de vinculación y régimen de vinculación, y una articulación armoniosa entre la teorización y los datos empíricos. A ese propósito, es preciso poner de manifiesto la solidez del trabajo de campo que se basa en la realización de 240 entrevistas en profundidad, repartidas en 80 entrevistas por metrópoli estudiada. Esto permite averiguar e ilustrar de manera convincente las tesis defendidas a través de numerosos ejemplos y casos concretos. Estamos, sin lugar a dudas, ante una obra de referencia, a lo que nos tiene acostumbrado Serge Paugam, lo que le ha permitido convertirse en un referente mundial en el análisis de la pobreza y de la exclusión social.

Bibliografía

- GIORGETTI, C. y PAUGAM, S. (2013) *Des pauvres à la bibliothèque. Enquête au Centre Pompidou*. París: Seuil.
- NAUDET, J. (2012) *Entrer dans l'élite. Parcours de réussite en France, aux Etats Unis et en Inde*. París: PUF.
- NAUDET, J. (2014) *Grand patron, fils d'ouvrier*. París: Seuil.
- NAUDET, J. y JAFFRELOT, C. (dir.) (2013) *Justifier l'ordre social*. París: PUF.
- PAUGAM, S. (1991) *La disqualification sociale. Essai sur la nouvelle pauvreté*. París: PUF.
- PAUGAM, S. (1993) *La société française et ses pauvres. L'expérience du revenu minimum d'insertion*. París: PUF.

- PAUGAM, S. (dir.) (1996) *L'exclusion, l'état des savoirs*. Paris: La Découverte.
- PAUGAM, S. (dir.) (1999) *L'Europe face à la pauvreté. Les expériences nationales de revenu minimum garanti*. Paris: La Documentation française.
- PAUGAM, S. (2000) *Le salarié de la précarité. Les nouvelles formes de l'intégration professionnelle*. Paris: PUF.
- PAUGAM, S. (2005) *Les formes élémentaires de la pauvreté*. Paris: PUF.
- PAUGAM, S. (2008) *Le lien social*. Paris: PUF.
- PAUGAM, S. (dir.) (2014) *L'intégration inégale. Force, fragilité et rupture des liens sociaux*. Paris: PUF.

Eguzki Urteaga
eguzki.urteaga@ehu.eus
Universidad del País Vasco
Vitoria, España